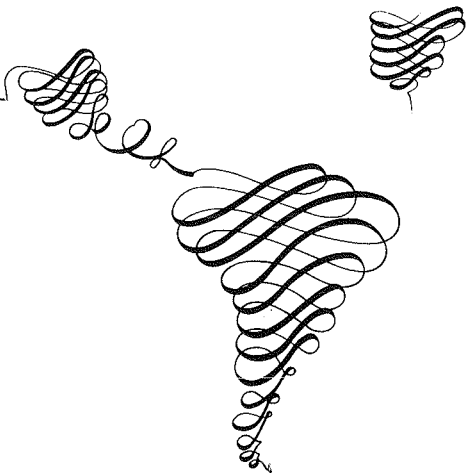




1992: Año mundial de duras verdades

LO ocurrido en la escena mundial a lo largo de este año que ahora termina, sumerge al observador en una suerte de angustiada perplejidad. La oposición al tratado de Maastricht, la inquietud en la Europa oriental que fue del «bloque socialista», la enorme incertidumbre del futuro de Rusia y los problemas adyacentes de la CEI, la guerra civil en Yugoslavia, la desazón en la economía americana, el punto muerto en el Oriente Medio... En definitiva, que el paraíso que parecía avecinarse tras el hundimiento del comunismo no ha llegado.

Bien al contrario, el clima de la relación internacional se ha enrarecido durante 1992, sin que exista ya el recurso de concentrar la atención, como hace unos años, en un enemigo indiscutible. En otros tiempos, la OTAN y la superpotencia americana, con su determinación, nos protegían de nuestra natural inseguridad (todavía queda en nuestro recuerdo la resuelta postura de modernización de los misiles en 1979). Pero nos damos cuenta con sorpresa, ahora que el fantasma ha desaparecido, de que todo se nos convierte en malestar, no por inconcreto, menos preocupante.

¿Es que el mundo va a peor? ¿Es que el futuro es más sombrío que cuando el comunismo nos resguardaba de incertidumbres? Pues bien, a lo que en términos comunes plantea esta pregunta no es posible responder tajantemente.

*Durante 1992 —en efecto—, han aumentado «nuestros» motivos de intranquilidad por tres «visibles» razones: por los efectos de una **recesión económica** —más larga que aguda—, por los brotes de **incurable violencia** en los Balcanes (con miedo de que nos alcancen sus salpicaduras o se generalice el conflicto), y finalmente, a causa de la desazonante **inseguridad** en que nos ha precipitado el cuestionamiento del tratado de Maastricht, es decir, del futuro de Europa.*

*Pero esta intranquilidad un tanto miope y no poco egoísta no suele tener en cuenta que al margen de problemas concretos y coyunturales —y sin desdeñarlos—, la caída del comunismo hace tan sólo tres años (ise diría que muchos más!...) ha descorrido violentamente el velo con el que veíamos tamizados los **gruesos problemas de fondo** que ahora debemos afrontar en toda su cruda realidad.*

Es difícil definir la masa, la densidad y las aristas de estos grandes problemas que han emergido como los hongos tras la lluvia en 1992, en paradójica simultaneidad con las anestias conmemorativas (V Centenario, Expo-92). Desaparecidas éstas, los problemas de fondo habrán de permanecer y ser afrontados a palo seco.

Miedo a ser más pobres

PENSEMOS en voz alta. En el terreno de la **economía** no es lo peor que nos encontremos en período de recesión, sino que la mentalidad de «crecimiento económico» que se ha instalado en Occidente está prevaleciendo sobre la dimensión «redistributiva». El problema, por tanto, no consiste en el frenazo al crecimiento, sino en que la estructura social del Occidente desarrollista se está resintiendo de las alegrías de un progreso fácil que ha

hecho vivir a todos por encima de las posibilidades reales y en último término, a costa de otros.

Esto ocurre en casi todas partes con diversos grados. En Estados Unidos de forma flagrante. El déficit federal (más de 300.000 millones/\$) carga sobre cada uno de los ciudadanos norteamericanos la deuda puntual de 12.300 dólares (!!!) que éstos, en rigor, deberían pagar a sus deudores nacionales, es decir, a casi todo el mundo y muy especialmente al subdesarrollado, del que han venido extrayendo la máxima parte de sus beneficios con la baratura de las materias primas. Mientras de algún modo esto no se resuelva o al menos quede paliado por una economía más sobria, una amenaza social sin precedentes se cierne sobre la política y la vida de esa nación y, dada su capacidad de arrastre, también sobre el resto de las naciones occidentales. En definitiva, con el nuevo presidente Clinton, los Estados Unidos deberían ajustar su nivel de vida, trabajar más, y al menos reducir sus hirientes y enormes bolsas de pobreza.

En la opulenta Alemania, la antigua República Federal se resiste con uñas y dientes a cargar con la depauperada Alemania Oriental. Y en los demás países europeos —haga el lector sin gran esfuerzo un pequeño «tour d'horizon» que nos excuse de alargar la ejemplificación—, se detectan numerosos síntomas del malestar que en formas análogas suscita el «quiero y no puedo» de esta nueva sociedad del disfrute.

EN España, país rápida y superficialmente desarrollado, la productividad competitiva se ha convertido en el problema prioritario, porque sin ella poco quedará para redistribuir. Pero en definitiva, ello conlleva **un prudente tajo a nuestras superfluidades**, si es que a esto se llama rebajar el nivel de vida.

Este es el primer hondo problema de las sociedades occidentales: no saber domesticar juiciosamente ni los tiempos de vacas gordas ni los de las flacas. Pocos se plantean, sean ricos o menos ricos —y no son precisamente los más necesitados los que hablan con más temor de la crisis—, que no sería necesariamente una tragedia insoportable reducir

temporalmente los «standards» de vida y aumentar correlativamente los rendimientos. «Si quieres ser rico —nos decía Séneca— no aumentes las riquezas; basta con que disminuyas los deseos».

Esta angustia —real y artificial en porcentajes variables— ha sido una de las notas dominantes del 92, sobre todo a partir de la puesta en cuestión del Tratado de Maastricht y de la tormenta monetaria que la ha acompañado (y no precisamente por casualidad).

¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?

EL segundo de los problemas actuales sobre los que 1992 nos debe haber abierto los ojos es el de **nuestro obligado involucramiento** en la situación humanamente lamentable en que los regímenes comunistas han dejado a los países del Este europeo a los que gobernaron con tanta rigidez como incompetencia.

No sirve ya de mucho exigir responsabilidades a los responsables de aquellas policiales burocracias, si es que viven, como en el caso del proceso a Erich Honnecker. Ni tampoco a la detestable diplomacia de vencedores que desatinadamente ejercieron franceses e ingleses muchos años antes, al constituir la inviable Yugoslavia en 1919, dejando a la posteridad una explosiva herencia.

El hecho es que ahí está la incalificable guerra del odio étnico entre serbios, croatas y musulmanes que ha ocupado sistemáticamente primeras planas a lo largo del año. Y ahí están los cruentos conflictos entre armenios y azeríes, y la situación de Georgia o Tajikistán que son producto, ya casi endémico, de la reacción pendular contra el centralismo de la antigua Unión Soviética. No somos nosotros, es cierto, los causantes directos de estos conflictos. Pero esto no nos libera de la obligación moral —a título tanto nacional como individual— de participar en su solución. Las deudas históricas las debe pagar solidariamente la colectividad humana, más cuanto más próxima, de grado o por fuerza.

Los arreglos que plantea la disolución del antiguo bloque son muy difíciles y lentos. Hay que empezar por **desacreditar** la erupción de excesos nacionalistas con una política supranacional más comprometida. Hace falta instrumentar mecanismos eficaces y bien coordinados de ayuda política, técnica, económica. Para esta finalidad la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea debería ser un primer paso, pero de momento es absolutamente insuficiente y por su inarticulada magnitud, inmanejable.

Sólo una Unión Europea de la que no se inhíba ninguno de los doce miembros que la componen, será capaz de aportar soluciones teóricas y ayudas prácticas basadas en el poderío económico y en el ejemplo de su eficacia. Lejos del quijotismo tanto como del egoísmo particularista, debemos comprender que es el **realismo**, a falta de más nobles motivos, el que nos debe impulsar a la incomodidad de sentirnos vinculados con los nuevos problemas que tan impensadamente han caído, cuando menos los esperábamos, sobre la generación presente.

Norte-Sur: arco voltaico

FINALMENTE, debe ir calando en nuestra jerarquía de valores el enorme peso intrínseco de la desigualdad Norte-Sur. Mientras el mundo civilizado —y Europa en concreto por cuanto nos atañe de forma particular— no asuma la carga que esta dramática situación mundial plantea, no tendremos derecho a quejarnos de «lo mal que va el mundo».

Este no es un problema específico del año 92 que termina.

Pero es una hondísima preocupación para sociólogos y economistas. Y podría denominarse, de cara a su incidencia en los comportamientos y psicologías occidentales, como una espina o un cáncer, como una grave enfermedad crónica que nubla todos los optimismos si los gobiernos mancomunados de los principales poderes no se deciden de una vez a hacer su mayor inversión de futuro para las nuevas generaciones del siglo XXI.

El conjunto de progresos tecnológicos de que se enorgullece la civilización occidental (transportes, comunicaciones, facilidad de cálculo, organización y prospectiva), a cambio de sus positivos y gratos aspectos que han hecho nuestras vidas más cómodas, empieza a pasar la fuerte factura de la planetarización. Queremos decir que ya no podemos escudarnos en la ignorancia.

No es que no se haga nada en este terreno. Se intenta tranquilizar la conciencia colectiva. La ayuda de la CE al desarrollo del Tercer Mundo, más la de cada uno de los países miembros, representa hoy día el 36 por 100 de la ayuda mundial, mayor —con mucho— que la de los Estados Unidos y el Japón. Pero sigue siendo muy modesta en relación con las necesidades crecientes de ese prolífico conjunto humano y con las posibilidades económicas europeas. Es de notar, sin embargo, que el 64 por 100 de esta ayuda va destinado a proyectos de desarrollo, mientras la ayuda alimentaria directa, de importancia progresivamente menor, representa un 23 por 100.

Pero ¿cuándo se podrán aumentar esos miserables 100 a 200 dólares de renta anual per capita que siguen padeciendo Mozambique, Etiopía, Tanzania, Somalia, Laos, Bangla-Desh... etc., o más en general, los aproximadamente 60 países que viven con una renta de hambre inferior a los 1.000 dólares?

1992, año más negro que gris

ES desagradable hacer balances globales de acontecimientos humanos, porque raras veces arrojan superavit. Y mucho menos si cogen a la sociedad actual a contrapié de todo idealismo, que es lo que en este momento sucede. El enorme aumento de las rentas de los países ricos —sólo un 20 por 100 de la población mundial— ha encallecido las sensibilidades. Todo se estima hoy día en términos económicos. Se han relativizado a casi todos los efectos los componentes morales de la convivencia y este

fenómeno, aparte de la inculpación, estrecha los horizontes y empobrece los espíritus. No es de prever que un nuevo florecimiento económico vaya a alterar este substrato.

1992 ha sido, o así lo vemos todavía desde una corta perspectiva, un año de desmitificaciones. No sólo ha quedado desmitificada la aparentemente gigantesca dimensión del comunismo derrotado. También han sido desmitificadas las alegrías subsiguientes y sus malignidades. El choque con la realidad nos devuelve a las preocupaciones económicas, a los miedos egoístas, a los peligros de involución y de individualismo. Termina el año sin que se vislumbre un liderazgo —no necesariamente personal— capaz de entusiasmar a los más capaces en una empresa liberadora de energías. El siglo XXI las necesitará. Pero ¿hemos de esperar hasta entonces?...